

Illmo. Dr. Elías Rodríguez y Ortiz

(PUB. Y NOTAS DE V. A. D.)

Ofrecemos a continuación, tomándola del número 17 del *Boletín Oficial*, S. D., diciembre 3 de 1857, la interesante Necrología dedicada por el órgano del Gobierno al prestante eclesiástico y político dominicano Monseñor doctor don Elías Rodríguez y Ortiz, Obispo titular de Flaviopolis y Coadjutor con derecho a sucesión del Arzobispo de Santo Domingo Monseñor doctor don Tomás de Portes e Infante, de venerada memoria, quien sobrevivió a su Coadjutor.

No se ha encontrado hasta ahora la partida de bautismo del doctor Elías Rodríguez, pero se sabe con toda certeza que era hermano de doña María Mercedes Rodríguez, esposa que fué de Juan Vicente Moscoso y Gómez (hijo de Esteban Moscoso y de Francisca Gómez), cuyo matrimonio fué celebrado el 4 de octubre de



1834. María Mercedes Rodríguez de Moscoso era hija de Tomás Rodríguez (fallecido el 11 de setiembre de 1834, cuyo segundo apellido era Valverde), y de María Concepción Ortiz. Otros hermanos del obispo fueron: María de los Remedios, nacida en esta ciudad el 7 de setiembre de 1799, bautizada el día 21 del mismo mes en la Iglesia Parroquial de Santa Bárbara (Libro II de Bautismos, f. 39); Francisco Genaro, nacido el 18 de setiembre de 1811 y bautizado el día 3 de octubre en la misma Parroquia (Libro II, f. 340). De manera, pues, que los padres del obispo fueron Tomás Rodríguez Valverde y María Concepción Ortiz.

En el Libro XXX de Bautismos, f. 87, de la Santa Iglesia Catedral, en una partida bautismal fechada a 14 de febrero de 1824, partida correspondiente a Antonia Dorotea Andújar y Lara, cuna de las *Virgenes de Galindo*), aparece ya como Diácono el doctor Elías Rodríguez. La sacra orden del Presbiterado la recibió el 6 de agosto del mencionado año de 1820, de manos del Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo Doctor D. Pedro Valera y Jiménez, y el día 16 de dicho mes cantó su primera Misa. (Lic. Leonidas García: *Miscelánea Histórica*, publicada en la revista *Clío*, núm. 97, año 1953).

NECROLOGIA

El domingo 29 del pasado (1) como a las seis y media de la tarde exhaló el último suspiro el Dr. Elías Rodríguez, Obispo de Flaviopoli, Coadjutor de este Archiepiscopado, con derecho a la sucesión, y Oficial de la Orden Imperial de la Legión de honor.

Profundo en varios ramos del saber humano, dotado de un

(1).— Partida de defunción del Obispo Rodríguez:

*Doctor
Don
Elias
Rodríguez,
Obispo in
partibus de
Flaviopolis
y Arcediano
de esta Santa
Iglesia
Catedral.*

En treinta de Noviembre de mil ochocientos cincuenta y siete. Yo el infrascripto Canónigo de esta Santa Iglesia Metropolitana, di sepultura Eclesiástica en la boveda que llaman del Obispo, al cadaver del Iltmo. Señor Doctor Don Elías Rodríguez, Obispo de Flaviopolis *in partibus in fidelium*, Coadjutor de este Arzobispado, y Arcediano dignidad de esta Santa Iglesia Catedral. Recibió todos los últimos Sacramentos de la Iglesia, de que Certifico—

*Gaspar Hernández,
Cano. y Cura Semanero.*

(Archivo Eclesiástico.— Catedral, *Libro XIII de Defunciones*, f. 78).



criterio poco común, y al favor de la infatigable actividad de su inteligencia, el Dr. Rodríguez era una de las columnas mas firmes de nuestra Iglesia, su mas bello ornato, y casi el último recuerdo de aquel Santo Domingo tradicional que forzosamente habían de conocer entonces todos los que en la América Española aspiraban al título de doctos ¡Oh! ¡cuántas veces oímos al sapientísimo e infortunado Dr. Montolío haciendo la enumeración de nuestras celebridades científicas y literarias, decir: “La ciencia de Elías es tan vasta y varia que pudiéramos llamarla *galana*”; y ese voto era de mucho peso en la República de los sabios.

Reducido a su misión, puramente evangélica, jamás se mezcló en el movimiento político del país, ni dió un voto que no fuese de paz y de conciliación. Sin embargo, enviado a Roma cerca de N. Smo. Padre Pío IX para celebrar el concordato que debía arreglar de una manera uniforme los derechos de la Iglesia Dominicana, fué extrañado de su patria antes de llegar a ella. La misma autoridad que hizo morir al eminente orador Bobadilla en el destierro, a esa otra joya preciosa de nuestro clero, hizo vagar por dos veces en playas extranjeras al Dr. Elías. expiando como Arístides la prerrogativa de llamarse *el justo*.

Y no obstante, nuestro Ilustre conciudadano admitido en la mesa del Emperador Napoleón III, besando la chinela del Sucesor de San Pedro, obteniendo el favor y la privanza del Reverendísimo Arzobispo de Caracas (2), ilustró su patria impidiendo que prescribiera el genio y que el orbe supusiese ya degenerada a la Atenas del Nuevo Mundo.

Consumido por una enfermedad lenta vió gastar su existencia desplegando una resignación poco común, y no sin derramar amarguísimas lágrimas por los extravíos de sus paisanos. Su muerte es un acontecimiento fatal para el país, no sólo considerándole como

(2).— Se alude al Arzobispo Don Silvestre Guevara y Lira, quien lo fué de Caracas y Venezuela desde 1852 hasta 1876, año éste en que se vió compulsado a renunciar la Sede, para ver si así se lograba poner término al sonado y grave conflicto provocado por el Presidente don Antonio Guzmán Blanco. El Arzobispo Guevara fué por breve tiempo, durante el aludido conflicto, huésped de esta Ciudad y fué objeto de respetuosas atenciones de parte del pueblo dominicano, al cual testimonió su agradecimiento por medio de una manifestación que circuló en hoja suelta.



Prelado sino como un varón ilustre, como un voto consultivo para la ciencia (3), como un mediador ardiente en el choque de las más vehementes pasiones.

Mucho pudiéramos decir sobre el hombre eminente cuya muerte deploramos; pero no hemos pretendido escribir una biografía, sino ofrecer un tributo de gratitud a la memoria de uno de nuestros grandes hombres.

Deplorar; si: —tal es nuestro destino!— Hace largos años que nuestra Patria ve apagar una tras otra las luces que la ignorancia mas supina pesigue con encarnizamiento. ¿Qué género de mérito no ha sufrido su martirologio? ¿Qué mediocridad no ha creído llenar un deber aniquilando la virtud, deprimiendo el honor, envileciendo la dignidad, procesando la ciencia, matando en flor el entusiasmo, poniendo trabas a los adelantos de esa juventud interesante, cuyo talento genial sólo pide el punto de partida para atravesar de un vuelo las más altas regiones de la inteligencia? . . .

Algunos entes vulgares supondrán que la muerte de nuestro compatriota es uno de esos acontecimientos muy comunes en la vida de los pueblos, y que no tienen otra extensión que el desconsuelo de la familia y un número más o menos considerable de amigos. ¡Cuanto se equivocan los que así raciocinan! . . . Es preciso considerar que, aparte la falta efectiva que hace cada inteligencia que desaparece, por una ley que no se explica es casi siempre reemplazada en el mundo por una mediocridad o por algún sofista; eso es por lo común una de las causas más poderosas de la ruina de los Estados.

Oigamos, si no ,al incomparable Donoso Cortés hablando acerca de la muerte de Demóstenes: “Este fué el último y más ilustre

(3).— En un artículo editorial titulado *Un proyecto*, sobre la fundación de una biblioteca nacional, que apareció en el periódico del Padre Billini, debido a la pluma de este progresista sacerdote, se hace una enumeración de escritores y publicistas nacionales y como explicación marginal, figura la siguiente nota:

“Omitimos al muy ilustre Doctor Elias Rodriguez, cabeza privilegiada, varón recto y digno, sabio sin ostentación, por no haber quedado de él ni un solo manuscrito; su buena hermana sin saber lo que hacía los quemó; si nosotros nos hubiéramos encontrado en su muerte o días después, no hubiera resultado esta pérdida que lamentamos”. (*La Crónica*, S. D., mayo 22 de 1883).



de sus conciudadanos. Un nuevo espectáculo se ofrece a nuestros ojos. Los historiadores han desaparecido. Los filósofos han desaparecido. Los artistas han desaparecido. Los guerreros han desaparecido. Los oradores han desaparecido también. La Grecia está huérfana porque la inteligencia ha abandonado sus hogares. La Grecia arrastra los lutos de la viudez, porque la ha abandonado la gloria. Sus laureles se secan, porque yacen en el sepulcro *todos sus grandes hombres*. La Grecia desfallece, porque para consolarla en su horfandad cercan su lecho de dolores los sofistas: los sofistas, que aparecen siempre para conducir al sepulcro a los pueblos agonizantes cuando la inteligencia los abandona y los condenan los Dioses”.

Evitemos el dolor de presentar la lista mortuoria de los grandes hombres que hemos perdido, y nada digamos sobre la mano bárbara que los inmoló por respetar la paz de que ahora goza el último que motiva estas líneas.

¡Ilustre Rodríguez! Nosotros que no pudimos ofrecerte en la vida otro homenaje que el de un respeto profundísimo, te consagramos hoy el tributo del dolor más sincero. Tú, en retorno, suplicas al Dios Omnipotente que salve la Patria en que naciste, tan fecunda en grandes hombres, a fin de que no perezca abandonada, víctima de los golpes de la más crasa ignorancia o de la pedantezca acción y reacción de los sofistas! . . .

